



Todo comenzó con la explosión de una lavadora



Tradicionalmente, se asocia la palabra cartel a organizaciones delictivas que trafican con armas o drogas. Si solo fuera eso. México ha diversificado el concepto hasta extremos insospechados de la mano de la corrupción. Los carteles pueden tener ahora muchos apellidos: [el del huachicol](#), el de las basuras, el del gas, o cualquier otro en el que una red delictiva esté monopolizando un negocio. El que nos ocupa estos días es el cartel inmobiliario, que levantaron unos cuantos espabilados en la alcaldía Benito Juárez, de la capital mexicana. Se pone en marcha la maquinaria de la corrupción, con la connivencia de los poderes públicos, de los partidos políticos, de los empresarios, y a hacer dinero. Año tras año, sin que nadie le ponga freno.

La gracia de este caso, si es que tiene alguna, es que el [entramado se fue al garete por culpa de una lavadora](#), a la que un buen día le dio por explotar.

Pero eso fue el capítulo primero. El segundo, que este periódico ha revelado recientemente, nos cuenta con claridad meridiana por qué los malos cometen maldades: porque se lo permiten. La [alcaldía Benito Juárez vivió un auge inmobiliario en los últimos años](#) que a cualquier ciudadano le tiene que dar que pensar, en México y en Pernambuco pasando por Madrid. Máxime a las autoridades que vigilan el cumplimiento de las leyes en esta materia, a sabiendas de que la construcción desaforada es una fábrica de intereses coludidos en tantos casos. Pero [Georgina Zerega cuenta acá cómo la ley fue lo último](#) que se tuvo en cuenta en este lucrativo negocio. La Procuraduría Ambiental y del Ordenamiento Territorial de Ciudad de México (PAOT) alertó en 2014 al entonces alcalde Jorge Romero, actual diputado del [Partido Acción Nacional \(PAN\)](#), de irregularidades de toda clase en al menos siete construcciones.